

Prefacio

Los días alargaban ya, y las últimas horas de la tarde se estiraban un poco más jornada tras jornada, como intentando ganarle terreno a la noche. En el cielo, la luna empezaría pronto a brillar, restando protagonismo a las nubes que, tímidas e inseguras, trataban de enseñorearse del firmamento.

Las primeras hogueras estaban ya encendidas. El clan de la serpiente, pasaría la noche al pie de aquel barranco. Yara *la oscura*, su nagyúr, había decidido que era un buen sitio. Repartidos en total desorden, los *besados por el hierro*, los guerreros del resto de los clanes, se sentaban aquí o allá, o vagaban sin más, siempre sin alejarse de la compañía, siempre con las miradas perdidas en la distancia, siempre con el ingenio nublado, como si estuvieran en mitad de un sueño hipnótico.

En ese mismo momento, la señora del clan alimentaba a sus dos serpientes rojas mientras jugueteaba con ellas, totalmente ajena a la aparición que llegaba por la otra punta del campamento. Tan insigne visitante era ni más menos que Urslingen, nagyúr del clan de los osos, Gran señor, portador de la piel y ojo del Guerrero.

Apareció caminando con altivez, el hacha en una mano y en la otra la espada. Su mirada se cargó de fuego y odio al distinguir, no lejos de él, a varios de los guerreros de su clan convertidos en estúpidas sombras vacilantes.

Gritó con furia para atraer la atención de las serpientes más cercanas. Al verlo allí plantado, imponente en su estatura y porte, varias mujeres ordenaron a los niños ocultarse y echaron mano a sus

armas, vacilantes, esperando el refuerzo de los guerreros, que pronto aparecieron para acabar con la amenaza. Tres de ellos se abalanzaron sobre Urslingen, y segundos después varios más fueron apareciendo hasta alcanzar la docena.

El hacha del nagyúr voló, mortal y certera, encontrando el cráneo del más veloz de sus asaltantes. Un instante después su espada bloqueaba el primer ataque mientras una finta le permitía esquivar el segundo. Devolvió el golpe con la espada, pero el enemigo paró el acero con el suyo. Los dos se lanzaron a hostigarle, ataque tras ataque mientras sus compañeros se acercaban por detrás. Si no los eliminaba pronto estaría en problemas.

Más allá de sus enemigos vio de nuevo los rostros atontados de algunos de sus hombres, las miradas bovinas que lanzaban hacia allí, y de nuevo una furia inabarcable le corrió por dentro. Lanzó una patada que impactó en la rodilla derecha de una de las serpientes. El crujido resonó sobre los gritos y jadeos. Antes de que el segundo tuviera tiempo de reaccionar, amagó un falso ataque dejándolo con la guardia baja, y lanzó una estocada hacia arriba empalándolo y arrancándole la vida. Cuando lo dejó caer al suelo los otros asaltantes estaban ya sobre él.

Pero sus ataques no llegaron a producirse.

Dos árboles se sacudieron a la derecha del grupo, como mecidos por un viento salvaje que quisiera arrancarlos de sus raíces. Los arbustos crujieron y fueron aplastados, y un rugido llenó el barranco entero advirtiéndole a todas las serpientes de que la Bestia acababa de llegar.

El oso se abrió paso entre la espesura, y sus dos primeros zarpazos regalaron muerte y dolor a los tres

guerreros más cercanos. Antes de que el resto echase a correr, todavía tuvo tiempo de destrozar a otros dos con sendos mordiscos.

Después se alzó sobre sus patas traseras, superando en altura muchos de los árboles que le rodeaban. Convertido en la imagen del poder, rugió con la fuerza de cien tormentas.

Solo lloros y gritos de terror respondieron a su rugido.

Urslingen se adelantó. Sus botas pisaron el barro formado por la sangre. El mundo entero callaba. Los que no habían huído lo observaban desde una distancia que creían suficiente.

—Soy Urslingen, nagyúr, Gran señor, principal de los osos, portador de la piel y ojo del Guerrero —dijo a pesar de que no necesitaba presentación alguna—, y he venido a por Yara *la oscura*.

Capítulo 1: Reino de Dralin

Terminaban el segundo día de camino desde Rocatrepada, la capital del reino de Dralin. Habían avanzado durante varias horas atravesando Barranco Seco, siempre amparados por imponentes paredes de roca que se elevaban hasta alturas de más de cien metros, y aún les quedaba la mitad por recorrer. Habían hecho el tramo más llevadero, el que dada su anchura y lo regular del terreno permitía el avance con carros.

El lugar al que acababan de arribar recibía el nombre de Cobertizo, y no era más que un puñado de establos para bestias de carga, un salón de piedra con chimenea y cocina, una barraca alargada con una treintena de catres para los viajeros que echaban noche allí, y otra un poco más acogedora para la guarnición permanente, el regente y su familia. Cobertizo marcaba el final de la primera parte del barranco. A partir de allí había que seguir a pie o a caballo, y la carga de los carros debía ser transportada por mulas.

Los cuatro carros se detuvieron, y con ellos los más de veinte jinetes que completaban la compañía. La mayoría de ellos llevaban armaduras iguales que las de los soldados que en ese momento salían a su encuentro desde la barraca: armaduras del ejército de los dragones blancos.

—Saludos viajeros—les dio la bienvenida el regente de Cobertizo—. Hace tiempo que no recibíamos un grupo tan nutrido.

–Ni tan distinguido –respondió el más corpulento de ellos, un tipo enorme que cabalgaba un hermoso ejemplar de caballo destrero–. Estás ante su majestad Dobber de Inswick, rey de Dralin y Señor de las Tierras Yermas.

El hombre se quedó mirando al grupo con los ojos abiertos como platos.

–¿El rey Dobber? –preguntó mientras paseaba su mirada sobre todos los viajeros como si pudiera identificar al monarca a pesar de no haberlo visto nunca antes.

–Sí. El rey –respondió el gigantón con voz severa. Tenía dos protuberancias peculiares en su labio inferior que conferían a su rostro un aspecto aún más rudo. Miró al suelo justo delante del hombre para recordarle que debía mostrar respeto.

Este se arrodilló y con él todos los soldados. Uno de los jinetes destacó del grupo y se presentó.

–Yo soy Dobber de Inswick, vuestro rey. Pasaremos aquí la noche. Necesitaremos mulas para completar el camino hasta Campoestelar. Unas veinte.

El rey vestía y cabalgaba como el resto de los soldados, sin corona, sin ningún distintivo que pudiera identificarlo ante posibles atacantes. Aquella era una tierra por lo general segura, pero no convenía correr ningún riesgo. De hecho habían visto durante el camino un par de grupos de *hombres de piedra*, como se hacían llamar los pobladores de las ásperas regiones de las Colinas de Piedra. Habían aparecido en lo alto de las paredes que rodeaban el barranco, en enclaves propicios para una emboscada, pero se habían limitado a contemplar cómo la

caravana avanzaba hasta perderse. Tal vez les había intimidado el tamaño de la escolta, con tantos jinetes armados, o tal vez aún pesaba sobre ellos el recuerdo de los últimos escarmientos llevados a cabo por los dragones blancos una década atrás.

Los hombres de piedra habitaban aquellas tierras que estaban dentro del reino de Dralin, pero jamás habían jurado obediencia a la corona. Los sucesivos reyes les habían dejado hacer, pues la conquista de ese pueblo y de sus tierras no aportaría ningún beneficio al reino, tan pobres eran. Sin embargo, hacía diez años un invierno atroz había golpeado con fuerza aquellas latitudes y los hombres de piedra tuvieron la mala idea de asaltar Campoestelar. Quemaron varios edificios y robaron grandes cantidades de comida que les sirvieron para resistir los meses de invierno, pero cuando la nieve aún no había empezado a derretirse, el propio Dobber dirigió una severa campaña de castigo. *“Cien por cada uno”* fueron las palabras que todo el mundo pudo escuchar durante el final del crudo invierno, y hacían referencia a la intención del rey de no detener el castigo hasta que hubiesen caído cien hombres de piedra por cada vida que habían segado en Campoestelar. No se llegó a alcanzar la cifra, pero los dragones blancos llevaron con ellos el terror y la muerte, aniquilando poblados enteros sin hacer distinción entre guerreros, mujeres o niños. Desde aquel invierno, los hombres de piedra y los dralinienses habían aprendido a ignorarse los unos a los otros, y era lo mejor que podían hacer.

–Mi nombre es Doemon. A vuestro servicio, alteza –se

presentó el regente inclinando la cabeza hasta casi tocar el suelo con la frente. Se puso en pie sin dejar de mirar hacia abajo—. Os prepararé mi vivienda, es la más confortable de todas.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la barraca que ocupaba la esquina más protegida de todo el asentamiento. Empezó a llamar a voces a sus hijos, tres muchachos y dos chicas de entre nueve y quince años más o menos, y también a su mujer, y todos salieron para atender a los viajeros que empezaban a bajar de sus monturas.

Los soldados de ambos grupos intercambiaron saludos. Algunos ya se conocían. De los carros bajaron porteadores y mozos, y se pusieron a descargar la mercancía para llevarla a uno de los establos donde, al día siguiente la cargarían a lomos de las mulas. Llevaban bienes que no podían producirse en Campoestelar, pergaminos, aceite, sal y cosas por el estilo.

Tres hombres bajaron del último de los carros. Completaban la numerosa comitiva. Uno de ellos era Nógar, el Rotátor Mayor, el líder de la Hermandad Liberadora, el azote de los corrompidos arcanos. Los otros dos eran miembros de dicha Hermandad que le acompañaban. Los tres se mantuvieron un poco al margen de todo el movimiento.

Los soldados y los rotátors pasaron una noche tranquila en la barraca, con las quejas de *Jabalí* y de *Tormentas*, dos de los soldados que habían hecho el viaje con ellos, que protestaban disgustados por no poder beber algo de cerveza. No les había convencido la explicación de Doemon sobre la prohibición de beber alcohol que pesaba

sobre el lugar, prohibición que pretendía evitar, dado lo largas y tediosas que se hacían allí las jornadas, que el aburrimiento llevase a más de una compañía de dragones a caer en el alcoholismo.

Por su parte el rey no pasó una buena noche. Ocupó la habitación que Doemon compartía con su mujer, y allí pudo beneficiarse del lujo extraño de la intimidad, pues una puerta separaba el cuarto de la estancia contigua, una sala amplia que solían usar como comedor y como dormitorio para el resto de la familia. Esa noche su hijo Lyonel volvió a aparecer en sus sueños.

Poco antes de llegar a Campoestelar la altura de las paredes de Barranco Seco empezaba a suavizarse, hasta terminar desapareciendo, fundiéndose con la llanura en la que se enclavaba la ciudad. Si bien dicha llanura era un poco ilusoria, pues al norte, justo en el confín de Campoestelar, una abrupta caída marcaba el final de la planicie y ofrecía una protección natural para esa parte de la villa.

Al este y al oeste el espacio se ensanchaba, y en él se llevaban a cabo las actividades que permitían a los habitantes obtener su sustento. Unas cuantas tierras de cultivo, algunas viñas y huertas, dos molinos y varias cuevas en las que poner a fermentar unos quesos por los que los campoestelarenses sentían un particular orgullo.

No era una ciudad muy grande, en especial porque el limitado espacio disponible no lo permitía, de hecho, no

quedaba apenas lugar para construir nuevos edificios. El terreno utilizable entre la boca del barranco y el cortado del norte era tan escaso que desde mucho tiempo atrás algunas casas se habían construido al borde del despeñadero, y aparecían colgadas de este como voladizos o balcones que sobresalieran de la fachada de una casa. Hacia los lados había más espacio, cierto, pero no se construía por allí, pues esos terrenos eran los que proporcionaban el alimento a la población. Carecía de murallas, ya que estaba era tan apartada que, a excepción del ataque de los hombres de piedra, no había sido víctima de ningún saqueo ni asalto. Nadie se molestaba en llegar tan lejos.

Los edificios más destacables eran los templos, todos ellos dedicados a Eternia, y los habitantes más abundantes eran clérigos de la Fe Mayor. Los primeros pobladores habían llegado hacía más tiempo del que nadie podía contar. Algunas viejas crónicas decían que Barranco Seco era entonces el lecho de un río que cruzaba toda la región, se deslizaba desfiladero abajo y proseguía su camino. De hecho las piedras que llenaban el suelo del barranco estaban todas lisas y pulidas como las del lecho de cualquier río. Qué había sido de sus aguas, que habían desaparecido como si la tierra se hubiera abierto para tragárselas, nadie lo sabía. Hasta aquellos tiempos se remontaban los orígenes del emplazamiento. Según aseguraba la historia, un grupo de exiliados expulsados de sus hogares por alguna razón llegó navegando hasta allí, y al alcanzar lo que entonces debía ser una impresionante catarata tuvieron que salir del río. Pasaron varios días

pensando en qué harían a continuación. Entonces, una noche, empezaron a ver extrañas luces surgiendo del suelo. Investigaron los fulgores y descubrieron que manaban de grietas abiertas en el suelo, grietas que llegaban hasta diferentes cuevas que asomaban por las paredes de roca del desfiladero.

Se establecieron allí tras percibir en el lugar ciertas energías cuya naturaleza no podían describir pero ante las cuales todos coincidían en algo: su poder era atrayente y llenaba sus almas de calma y entusiasmo. Aquel fue el origen de Campoestelar, y desde entonces había recibido la visita de gentes que buscaban entrar en comunión con aquellas fuerzas extrañas que parecían surgir del corazón mismo de Utara. Con el tiempo se acabó identificando a dichas fuerzas con la Diosa, y la Fe ocupó el lugar construyendo templos y viviendas para sus clérigos y estableciendo una población permanente.

En la actualidad, un enorme túnel se abría al final del camino, y por él se perdía todo el agua que afluía tras la lluvia; sobre el túnel se alzaba un puente de piedra, de modo que los torrentes entraban hacia la profundidad y los viajeros podían alcanzar sin problemas la calle ancha que cruzaba la ciudad de sur a norte, desde la desembocadura del barranco hasta el Templo Negro, que cerraba la vía con sus solemnes muros de piedra oscura. El túnel recorría el mismo trayecto que la calle y desaguaba por el desfiladero, justo unos metros por debajo del templo. A ambos lados de la calle se alzaban los edificios más emblemáticos de Campoestelar, muchos otros templos, los aposentos de varias de las

congregaciones de religiosos y tres viviendas pertenecientes a los pocos comerciantes que un buen día habían decidido trasladarse hasta el lugar para emprender negocios relacionados con el transporte y la venta de alimentos.

El resto de la ciudad estaba formado por otros templos menores, pequeños santuarios, una posada modesta, almacenes, unas pocas viviendas particulares y el barrio que albergaba el acuartelamiento donde residía la guarnición de medio centenar de dragones blancos, una eficaz medida disuasoria ante posibles atacantes.

Llegaron antes del anochecer y cada cual se dedicó a sus asuntos. Los transportistas y los guías de las mulas se dirigieron a los almacenes para cerrar tratos y descargar sus mercancías y los dragones fueron a las barracas a buscar sitio en los alojamientos en los que permanecerían hasta el regreso a la capital del reino. El rey y los rotatores avanzaron directos hacia el Templo Negro. Habían venido con un cometido muy claro.

Nógar golpeó el portón con la palma de su mano y medio minuto después una mujer con las mejillas cubiertas por sendos tatuajes de la rueda de la Diosa abrió.

–Hemos llegado.

La clérigo hizo una reverencia ante el rey y otra ante Nógar, después les invitó a pasar mientras se presentaba.

–Sed bienvenidos. Soy la siglar Basiana.

Les condujo a través de la austera nave del templo. La oscuridad de la piedra se acentuaba en las tinieblas que reinaban en el interior, rotas solo por unos cuantos

candelabros de pie en los que brillaban algunas velas. Los pasos resonaron a medida que cruzaban. Al llegar frente al altar, cerrado por un muro con un relieve de la rueda, todos saludaron agachando sus cabezas como muestra de sumisión a la Diosa. Rodearon el altar para encontrar una suerte de templete de piedra adosado a la cabecera del edificio. Desde allí una escalera de caracol permitía el descenso a una cripta.

–Todo está preparado para dar comienzo a la ceremonia, alteza. Solo esperábamos vuestra llegada –y bajó.

–Esperad aquí hasta que volvamos –ordenó Nógar a los otros rotátores.

El olor se iba haciendo más y más intenso a medida que bajaban. Era un tufo pegajoso y pesado, parecido al olor que desprenden los huevos podridos. Tanto el rey como el rotátor notaron cómo el aire de la cripta les causaba una ligera irritación en los ojos, aunque el segundo no acusó tanto la molestia. Había estado en el lugar muchas veces.

–Son los efluvios –les explicó–. La energía que la diosa nos envía a través del corazón de las rocas. Este es el lugar donde pueden sentirse con más fuerza, no es casualidad que el templo esté construido en este punto exacto. Con el tiempo uno acaba por acostumbrarse, pero puede ser un poco molesto al principio.

Cruzaron la cripta, una sala de apenas dos metros de altura apuntalada por columnas de una anchura notable, y pasaron bajo un arco estrecho que llevaba a otra estancia. Dobber calculó que debían estar justo debajo del altar. Incontables hacheros en los que ardían teas iluminaban el

nuevo espacio, y cuatro figuras envueltas en túnicas de color azul oscuro pululaban por el fondo disponiendo toda una colección de pequeños objetos ceremoniales. El rey miró a su alrededor estudiando la estructura de la estancia. El color de los sillares blancos bien labrados y uniformes de la pared de mampostería que acababan de cruzar contrastaba con las paredes negras de roca viva que les rodeaban ahora.

Al ver la curiosidad asomando en su mirada Nógar le explicó.

—Esta cueva fue uno de los lugares en los que los primeros ermitaños se aposentaron mucho antes de que la ciudad fuera fundada. Con los siglos llegaron los siervos de la Diosa para desterrar las creencias paganas que se habían apoderado del asentamiento, que para entonces ya había crecido bastante. En cuanto notaron cómo la energía brotaba de estas rocas, invisible pero evidente, decidieron que el templo principal solo podía ser construido aquí. ¿No la sentís alteza?

Dobber concentró toda su atención en el extraño cosquilleo que notaba en las yemas de sus dedos, notó también el cabello de su nuca erizándose despacio, muy despacio, como una serpiente que se preparase para lanzar un ataque.

—De un tiempo a esta parte —intervino Basiana— los efluvios son más y más poderosos. No me refiero solo a su olor y a su efecto sobre quienes permanecen aquí, sino también al *Hálito de la Diosa*. Es por eso que os enviamos mensaje a Rocatrepada. Algo está cambiando en la esencia

misma de Utara.

Una seriedad solemne se posó sobre sus palabras y sobre su tono de voz cuando pronunció la última frase.

El Hálito de la Diosa era una suerte de influjo energético capaz de llevar al *preferido*, como se denominaba al elegido para la ceremonia, a un estado de éxtasis en el cual era capaz de escuchar la palabra de la Diosa y recibir así información que no formaba parte de los saberes que estaban destinados a los hombres, una especie de revelación que los clérigos del templo habían usado durante largo tiempo.

—¿Y qué cambios habéis percibido? —se interesó el rey.

—Bueno... ¿Cómo explicaros, alteza? Hemos logrado... enviar a varios *preferidos* más allá del tejido que conforma la *urdimbre* del tiempo. Han conseguido atravesar los días y los años.

Tanto Dobber como Nógar quedaron en silencio, admirados por la pasmosa declaración.

—Hicisteis bien en avisarnos, Basiana. ¿Está todo listo para la ceremonia?

—En efecto. La noche será propicia, estamos en luna nueva, la más adecuada para actuar sin que el Guerrero pueda vernos, pues su ojo ahora se encuentra cerrado. Sin embargo, hay algo que debéis saber. Los *preferidos* que han cruzado la *urdimbre* no han vuelto en las mejores condiciones.

—¿Qué quieres decir? Explícate.

—Al parecer el esfuerzo que la travesía les exige agota sus mentes, causándoles una rotura cuyos efectos parecen irreversibles. Regresan de donde quiera que la ceremonia

les lleve, sí, pero ya no son los mismos. Su inteligencia de deshace como una nube contra el viento, y regresan aquí como idiotas balbuceantes, repitiendo palabras y frases que nos vemos obligados a interpretar si queremos desentrañar el secreto que esconden. Con la consiguiente posibilidad de errar, por supuesto.

–Adelante. Quiero verlo –Dobber no dudó ni un instante ante la exposición de las consecuencias del viaje. Lo que había en juego era demasiado.

–Muy bien, alteza. Si tenéis a bien situaros ahí, daremos comienzo a la ceremonia.

Ambos se apartaron para ocupar el lugar que la siglar les había indicado. Ella llamó al resto de ocupantes de la cueva con un par de palmadas y les señaló los lugares en los que debían colocarse, alrededor de un círculo dibujado con algún tipo de polvo sobre el suelo de roca. Rodeando el círculo aparecían un montón de extraños símbolos cuyo significado nadie ajeno a los secretos de la Fe podría desentrañar.

Acto seguido atravesó la estancia y desapareció bajo el arco que habían cruzado para entrar. Las llamas crepitaban y rompían la piel de la oscuridad. El rey seguía sintiendo el escozor en los ojos y también en la garganta. Transcurrieron un par de minutos. Regresó seguida por una mujer que caminaba tras ella con la cabeza gacha, concentrada en los rezos mudos que sus labios parecían pronunciar. Ambas pasaron frente al rey y el rotátor. La siglar le cedió el paso y ella entró en el círculo. La piel de sus pies desnudos se movía sobre la rasposa superficie.

Una vez dentro se quitó la túnica blanca que portaba y la entregó a uno de los clérigos, que la dejó aparte.

Basiana cerró la formación. Un total de cinco hijos de la Diosa, un número redondo, que simbolizaba la perfección, un número que les permitía cerrar aquel círculo que entrañaba tan extraños saberes y poderes.

A una señal, todos empezaron a entonar un mismo cántico. Cinco voces tenues y lúgubres que rescataban del olvido una lengua perdida hacía siglos, perdida para todos excepto para los más distinguidos fieles de Eternia. No todos dentro de la Fe Mayor conocían aquella lengua, que era la que se decía había sido enseñada por Idiniel a los primeros hombres de Utara. Aquel lenguaje estaba más cerca de los orígenes de Dugalia, y por lo tanto, más cerca de la Diosa; su eficacia como instrumento para comunicarse con ella era mayor que la de las otras lenguas.

Durante tres o cuatro minutos no hubo cambio alguno más allá de la respiración de la mujer, que iba acelerándose de manera progresiva. Sin dejar de cantar, Basiana recogió dos pequeños frascos que había en el suelo, se aproximó a la *preferida* y le vertió sus contenidos sobre los hombros. Dos líquidos de diferentes colores, uno rojo intenso y otro mucho más claro, casi transparente, resbalaron sobre la piel deslizándose sobre los pechos y descendiendo hacia las caderas. La siglar recogió después un pincelito de hueso y marfil y una sonaja de madera con varias campanillas colgando. Usando la mezcla de los líquidos a modo de tinta empezó a dibujarle en el abdomen la rueda de Eternia, mientras con la mano izquierda hacía sonar las campanas.

Los cánticos proseguían.

Finalizado el dibujo depositó de nuevo los objetos en el suelo y se alejó hacia la pared para coger una de las antorchas. Con cuidado de no quemar a la muchacha se la aproximó al vientre mientras recogía del suelo un plato de cerámica. Ante el calor de la llama el líquido que daba forma a la burda representación de la rueda de Eternia empezó a reaccionar. Al principio fue solo un cambio de tono, como si las sustancias reflejasen las luces provenientes del fuego, pero poco a poco empezó a moverse, a ondular, a oscilar. Los cánticos habían ido ganando en agresividad. Convirtiéndose en gritos.

Dobber observó con asombro que las llamas del resto de antorchas parecían haber ralentizado su danza. Se movían sí, pero parecían oscilar más despacio. Retrocedió inquieto ante la fuerza de los cánticos y el inexplicable comportamiento de los fuegos. Nógar le agarró del antebrazo en un gesto tranquilizador, sin dejar de observar el desarrollo de la ceremonia.

—Estad tranquilo, alteza. La Diosa está con nosotros, nada malo puede ocurrirnos.

Basiana colocó el plato frente a su rostro y sopló con fuerza desatando una nube de un polvo rojizo que envolvió el torso desnudo. Entonces, en un movimiento ordenado y preciso arrojó la antorcha tras ella y recogió al vuelo el cuerpo inerte que se desplomó al contacto con la polvareda. Los cinco callaron al unísono. Un mutismo punzante dominó la cueva.

Depositaron el cuerpo en el suelo con cuidado, dentro

del círculo y se arrodillaron a su alrededor. Uno de ellos se levantó y trajo un reloj de arena. Lo giró y lo colocó en el abdomen, sobre lo que quedaba de la rueda que la siglar le había dibujado. Y la arena que fluía se detuvo en el interior del reloj.

El rey, que no perdía detalle de la ceremonia, se adelantó dos pasos hacia el círculo, pues creía que la oscuridad le confundía. Pero no. Para su sorpresa, la arena había dejado de escurrirse hacia la parte inferior del reloj. No solo eso sino que, allí mismo, ante los atónitos ojos del rey, la arena invirtió su caída y empezó a subir hacia arriba desafiando todas las normas establecidas por la lógica. Subió, lenta al principio, pero de pronto lo que parecía el sonido de un trueno llegó, proveniente de algún lugar ignoto y lejano, y se escuchó en toda la cámara a pesar de estar esta a varios metros bajo tierra, separada del mundo por paredes de roca pura. Con la voz del trueno la arena ascendió como si tuviera prisa, entrando por la fina ranura que separaba los dos cuerpos del reloj con más rapidez de la que parecía posible. Después se detuvo de nuevo, y de nuevo volvió a invertir el ciclo, y así hasta dos veces más.

Las palabras de Nógar eran lo único que mitigaba la inquietud del rey, que no podía dejar de pensar que todo aquello que estaba presenciando tenía demasiado parecido con las artes arcanas.

La arena se detuvo. Las llamas volvieron a flamear con un ritmo más acorde a la realidad. Ya no se escuchó ningún otro trueno. Un clérigo tomó la túnica de la chica y la cubrió con

ella justo cuando esta abría los ojos.

Nógar se acercó expectante. El rey lo siguió.

Los dedos de la chica buscaron con desesperación algo a lo que asirse e hicieron presa en el brazo de uno de los sacerdotes y en los cabellos de Basiana, que aguantó el tirón con una mueca de dolor. Y todos pudieron ver un terror profundo y sin nombre lacerando sus pupilas, un terror que no les dejaba espacio para que pudieran contemplar lo que tenían ante ellas. Los miraba, pero no los veía. Tampoco veía las llamas de las antorchas, ni la roca negra del techo, sus ojos ya no estaban allí, ni tampoco su mente, pues se habían quedado en el lugar al que había viajado, fuera cual fuera. O mejor dicho en el tiempo al que había viajado.

Boqueó buscando aire, como un pez recién sacado del agua, su cabeza moviéndose en todas direcciones, sus ojos totalmente abiertos, como intentando acostumbrarse a la visión de imperceptibles espantos que llenasen la cueva. Y entonces ocurrió lo que todos esperaban, la chica cumplió con el cometido para el que había sido enviada a través de la *urdimbre*: habló.

—Él no es él. ¡Él no es él! Pero aún así las llamas no devorarán su piel. El viento de cenizas no le alcanzará cuando todo se detenga y cambie. ¡El grito! ¡El grito! Él estará allí cuando la Diosa... —soltó el cabello de Basiana, tragó saliva, la garganta se le secaba y su voz sonaba cada vez más quebradiza—. Cuando la Diosa al final...

Pero no terminó la frase. Se limitó a observarlos a todos, de uno en uno, como si fuera la primera vez que los

veía en su vida, como si tratase de reconocer las caras que había ante ella. Tenía una expresión bovina en el rostro y se puso a sonreírles con la inocencia con la que lo haría un bebé.

—Él no es él—repitió, y después estalló en una risa histérica que se prolongó largos segundos mientras todos intercambiaban miradas preocupadas. De la risa pasó al llanto, un llanto desgarrador e irrefrenable, y se cubrió la cara con las manos mientras se hacía un ovillo ocultándose del mundo entero.

—Igual que los anteriores —dictaminó uno de los clérigos—. Exactamente igual.

—¿Alguno ha vuelto de la locura? —quiso saber Nógar.

—Ninguno, rotátor. Ninguno de ellos.

—¿Cuánto hace de los primeros... viajes? Por llamarlos de alguna manera.

—Cuatro lunas. Desde entonces hemos repetido la ceremonia dos veces por luna, justo en las noches en las que el astro es menos visible en el cielo. Hemos notado que son las noches más propicias. Todos han vuelto como ella. Barbotando incoherencias. O tal vez verdades que no alcanzamos a comprender todavía. Pero lo interesante es que cada vez que lo intentamos los mensajes son más largos. Algunos han hablado de fuego, otros de sangre, de templos colapsando bajo el terror de la noche, del ojo observando nuestra caída, de un retorno temido y de otro esperado...

—¿Dónde los tenéis?

—En el Templo de la Gruta. Está bien apartado, en el desfiladero, más allá de las huertas que se abren hacia el

este de la ciudad.

–Perfecto. Llevadla a ella también y mantenedlos allí el tiempo que haga falta. Que reciban el mejor trato. Intentad recuperarlos por todos los medios, pero si pasa el tiempo y no vuelven en sí, encargaos de que nadie los vea jamás. En adelante seréis vosotros cinco, sin excepción alguna, los únicos que realizaréis estas ceremonias. Si alguien más os pregunta por ellas, decid que han sido suspendidas por mandato real.

–Entendido, alteza. ¿Algo más?

–Escribid en un pergamino todos los mensajes que os han dado los diferentes *preferidos* y entregádmelo –ordenó el rey–. ¿Los *preferidos* deben cumplir algún requisito? Quiero decir, ¿tienen que ser miembros de la Fe? ¿Deben conocer alguna parte del ceremonial? ¿O podría ser cualquiera?

Los clérigos se miraron entre ellos, sin estar muy seguros de haber comprendido la pregunta.

–De momento todos eran hijos de Eternia –respondió uno de ellos–. No hemos probado nunca con nadie ajeno.

–Hacedlo. Esta noche, o mañana, o en cuanto sea posible, y contadme los resultados. Gracias por mostrarme este descubrimiento. Puede ser trascendental en la lucha contra los poderes oscuros.

Se dio la vuelta y salió de la cueva haciendo una señal a Nógar para que le siguiera.

Deshicieron el camino y salieron bajo la noche junto a los otros dos rotatores. Las calles estaban solitarias. Dobber se detuvo y contempló el cielo cuajado de nubes

dispersas que apenas se veían entre la oscuridad que reinaba en lo alto. Pensó que era extraño que la noche pudiera transmitir tanta calma cuando el mundo entero parecía estar sacudiéndose por dentro.

–Creo que ha llegado el momento de hablar con Corvix.

–Me temo que sí–, respondió Nógar.

Echaron a andar. En lo alto de la torre del Templo Negro una llama ardía como siempre desde hacía más noches de las que ningún ser humano podía recordar.

Capítulo 2: Huyendo de Luz-de-la-Diosa

Llegaba el amanecer. La noche tocaba a su fin. Las cuatro figuras caminaban en silencio. Hovik había aconsejado abandonar la senda del Aden, que marcaba la frontera entre las tierras del Seculado de Eternia y las de los señoríos pertenecientes a Alaria. Esa ruta les hubiera llevado hasta la costa, en el norte, siguiendo una línea casi recta, pero consideraron más sensato alejarse de la Fe Mayor y de los grupos de *mendigos justicieros*, pues sin duda los andarían buscando después de los acontecimientos que habían protagonizado en Luz-de-la-Diosa.

Cada uno avanzaba inmerso en sus propios pensamientos. Durnan no podía dejar de recordar el rostro ensangrentado de Dukay bañado por la luz de la luna que se colaba por la ventana. Pasarían semanas hasta que el atroz recuerdo empezase a borrarse de su memoria.

Alhazred luchaba contra el cansancio mientras se preguntaba de dónde demonios había sacado las fuerzas para mantener la precipitada huída que había protagonizado con los dos jóvenes. Pero otra idea, bañada de alivio, ocupaba casi todas sus reflexiones. Había esquivado la obligación de regresar al Alcázar de los Sabios. Lanzó una última mirada hacia atrás, pero las horas de caminata habían hecho desaparecer ya el perfil de Luz-de-la-Diosa.

Cora asumía con resignación aquel nuevo cambio en su destino. Al fin y al cabo, su vida se había convertido en eso durante los últimos meses, siempre deambulando de aquí para allá, siempre a merced de casualidades y de azares contra los que poco podía hacer ella. A veces tenía la sensación de haberse

convertido en una frágil barquichuela zarandeada por todas las olas. Tras unas semanas en la capital del Seculado las tornas habían vuelto a girar, y se encontraba camino de una ciudad de la que solo sabía el nombre y acompañada por Durnan y por dos hombres a los que no conocía en absoluto.

Hovik, por su parte, avanzaba inmutable, con su mirada de acero posada en la oscuridad que tenían delante y que, poco a poco, iba deshaciéndose con la llegada del sol.

Fue Cora la que, un rato después de la salida del sol, inició la conversación.

–Bien. Podría decir que a ti, Durnan, ya te conozco bastante bien. De él –dijo señalando a Hovik– no sé demasiado, excepto que es tu compañero. Pero tú, ¿vas a decirnos ya quién demonios eres y cómo apareciste en la ciudad justo a tiempo para salvarnos el pellejo? No es que no te lo agradezca, claro, pero como hijos aprenderás que tu aparición fue tan oportuna que me hace sospechar...

Alhazred sopesó la respuesta. Sabía que tendría que dar explicaciones, y había planeado qué decir y qué ocultar.

–Bueno... Sé que estáis inmersos en una búsqueda. Alguien me lo dijo.

–¿Alguien? –le interrumpió Cora nada más empezar–. Mira, te agradezco lo que has hecho por nosotros, pero si vamos a enfrentarnos a más situaciones como la de antes, me gustaría, no sé... Saber quién es ese alguien, y de paso todos los *alguien* que vayan a aparecer en tus historias.

Alhazred miró ceñudo a la joven, molesto por su insolencia.

–Alguien a quien no conocía.

–¿Tenemos que creer que alguien a quien no

conocías te dijo que aparecieras en mitad de la noche para salvar a otras dos personas a las que tampoco conocías?

La nueva interrupción y la cara de incredulidad que puso Cora hicieron que el viejo resoplase. Hovik esbozó media sonrisilla sin que nadie lo viera.

—Sí. Mira, puedes creerlo o no creerlo, pero si me pides explicaciones, lo menos que puedes hacer es dejar que te las dé. Muestra un poco de cortesía y déjame hablar. ¿Te parece?

Cora le respondió con silencio.

—Conocí a un hombre. Waleran era su nombre. Después de un tiempo cogimos bastante confianza el uno con el otro, y me habló de los Hijos Perdidos. Me consta que los conocéis.

Alhazred no sabía hasta dónde alcanzaba la confianza entre los dos jóvenes, así que lanzó la pregunta para ambos. Una vez más fue Cora quien habló.

—¿Los Hijos Perdidos? ¿De qué demonios hablas? ¿Qué es eso, una compañía de teatro?

—Mira mocosa, vuelve a interrumpirme y tendrás que recomponer tú sola toda la historia, porque no te diré una sola palabra más.

Viendo que Cora adoptaba una pose parecida a la de un gato que empieza a bufar ante una amenaza, Durnan decidió mediar.

—Cora, por favor, déjale seguir, Tengo tanto interés como tú en saber de dónde viene. Más tarde te explicaré lo de los Hijos Perdidos.

Alhazred continuó el relato después de dedicarle a Cora una mirada furibunda.

—Waleran me habló de los seguidores del dios Menoruh y del peligro que se extiende sobre Utara. Todo lo que me contó fue muy general, no entró en detalles. Su relato tan solo me permitió hacerme una

idea del tipo de embrollo en el que me estaba metiendo. Después unos ladrones lo asesinaron. Seguí mi camino hacia Luz-de-la-Diosa, pues Waleran me había dicho que alguien le esperaba en el Alcázar de los Sabios. Mi intención era llegar hasta allí, aunque no tenía ni idea de quién con quién me tendría que reunir cuando llegara, o de si alguien creería todo lo que les contase.

»Hará un par de semanas tuve un escuetro. Fue algo muy extraño. Un desconocido se me acercó. No sé qué hizo conmigo, ya os digo que fue un evento insólito. Cuando desperté no recordaba su cara ni su voz, pero sabía que debía ir a Luz-de-la-Diosa, que os encontraría allí, huyendo de vuestros perseguidores, en el lugar y el momento exactos, como si ya hubiera vivido aquel suceso.

El relato les pareció tan inquietante que esta vez ni siquiera Cora contestó. Les resultaba muy difícil creer al anciano, pero todo indicaba que decía la verdad. ¿Cómo, si no, hubiera podido encontrarlos y salvarlos? Estaba claro que, de alguna manera, sabía con antelación lo que iba a ocurrirles.

—Todo esto es muy complejo —dijo Durnan medio minuto después; su mirada se posó en Cora—. Mira Cora, para bien o para mal, has acabado viéndote envuelta en todo esto, así que creo que te debo una explicación. Hace unos meses que todo empezó: un hombre al que no había visto nunca se presentó en Mota del Pozo y me dijo que debía viajar a la capital del reino. Allí sus aliados, por llamarlos de alguna manera, me contaron que eran parte de una secta, los Hijos Perdidos a los que hemos nombrado antes, y también me contaron un montón de chorradas sobre un dios maldito, Beriakorz, cuyos seguidores están extendiendo la guerra y el dolor por media Utara. Bueno, al principio creí que

eran chorradas, pero pronto vi que todo era cierto, que cuanto me habían contado era real.

»Los *Hijos Perdidos* son seguidores de Menoruh, un dios al que habrás oído nombrar. Este dios les envía visiones que les permiten saber cosas. Cosas que aún no han pasado. Por eso creo la historia que este hombre nos está contando. Me pidieron que fuera a Luz-de-la-Diosa a buscar información sobre una ciudad antigua de cuya existencia no sabe prácticamente nadie. Nadie salvo tú.

Terminó su intervención dirigiéndose a Alhazred, y, por supuesto, se guardó para sí mismo el pequeño detalle de que aquel desconocido con cuyo mensaje había empezado toda aquella locura, se había dirigido a él como Nathaniel. A estas alturas, Durnan había llegado a la conclusión de que el mensaje iba dirigido al hijo de su señor, Dayton. Pero ahora era demasiado tarde para deshacer ese nudo que tanto y tanto había ido creciendo con el tiempo.

—Con la ciudad de Viastin —respondió Alhazred—, me ocurrió lo mismo que con vosotros. Me desperté al día siguiente del encuentro con el desconocido y ya sabía lo importante que resulta ese lugar para los seguidores del dios Menoruh. Lo sabía de una manera tan natural como si hubiese tenido esa información en mi cabeza durante toda mi vida.

—Porque allí hay algún objeto, algún conocimiento, algo, que puede hacer que quienes luchan contra Beriakorz acaben venciendo en este enfrentamiento —sentenció *Pelofuego*.

—Creo que a estas alturas deberías decir *quienes luchamos* —fue la única intervención de Hovik, quien había escuchado toda la conversación sin dejar de mirar hacia delante.

Un par de minutos de silencio siguieron a sus

palabras, después Alhazred habló de nuevo.

—Por lo visto ahora estamos todos metidos en el mismo pantano. Así que, ¿qué hay de ti, muchacha? ¿Cuál es tu historia?

Con esas preguntas Durnan cayó en la cuenta de lo poco que sabía de ella. La había conocido después de muchas horas compartidas en Luz-de-la-Diosa, pero en realidad no sabía apenas nada de su vida. ¿De dónde había salido? ¿Quién era en verdad?

Cora empezó a hablar. Su desparpajo pareció esconderse de repente y se convirtió en una lúgubre timidez cuando le tocó contar su historia.

—Vivía en Ecas, al oeste, a la orilla del Mar de Poniente. Mi padre era un mercader muy próspero. Teníamos cuanto necesitábamos. Un mal día mi padre conoció a unos comerciantes que vinieron de otra parte, no sé de dónde. Nunca me preocuparon demasiado sus negocios. La cuestión es que las cosas empezaron a torcerse, y unos pocos meses después tuvimos que malvender nuestra casa y unas tierras que poseíamos no lejos de la ciudad. Al parecer mi padre había invertido en algún negocio que requería el transporte de mercancías en barcos, pero estos fueron asaltados y saqueados por piratas y quedamos arruinados. No solo lo habíamos perdido todo, si no que además quedaban fuertes deudas que saldar. Los acreedores empezaron con sus reclamaciones, que pronto se convirtieron en amenazas cada vez más peligrosas. Después nos marchamos de la ciudad.

»Deambulamos de aquí para allá, trabajando en lo que podíamos, incluso nos vimos obligados a robar para alimentarnos. Al final acabaron por encontrarnos. Yo tuve tiempo de escapar, pero mi padre no. Jamás volví a verle, y desde entonces he vagado por medio reino buscándome la vida.

Sus ojos de roedor se habían puesto tristes. Un nuevo silencio se impuso tras su confesión hasta que Durnan cayó en un detalle.

—Pero a mí me contaste hace tiempo que tus padres te habían abandonado. Eso no me cuadra con lo que acabas de contar...

—¿Eh?... Bueno... Sí, lo que pasa es que... Bueno, no pretenderías que te contase mi historia verdadera, ¿no? Por aquel entonces no sabía nada sobre ti.

—Ya... Claro —respondió nada convencido.

Siguieron andando.

Habían tomado una calzada que conducía al puente Ojo Rojo. Desde allí podrían coger el camino para llegar a Mota del Pozo y, una vez en la ciudad, buscarían un barco que viajase río abajo y que pudiese acercarlos hasta Puerto de Sal.

Estaba también la opción de abandonar los caminos y buscar una ruta campo a través, pero corrían el riesgo de perderse, y además los tiempos no estaban precisamente tranquilos. Sin duda un grupo de viajeros moviéndose de esa manera sería confundido con ladrones o proscritos y era fácil que acabasen ajusticiados por algún señor local o por sus hombres.

Aquella conversación había puesto algunas cartas sobre la mesa, y los tres tenían la sensación de conocer un poco más a sus compañeros de camino.

Durnan, aunque se había callado detalles importantes, había contado a grandes rasgos su misión, y Alhazred y Cora sabían ahora de dónde había salido aquella empresa, cuál era su origen. Por su parte el anciano se había sincerado sobre las circunstancias que le habían llevado a conocerlos; los dos jóvenes tenían ahora la certeza de tener en el otro un aliado más. Por último, Cora les había hablado de su pasado, y eso les había ayudado a saber que estaban frente a

una auténtica embustera profesional.

Hovik, mientras tanto, avanzaba inmutable. Era el único que no había compartido nada sobre su pasado. Abría la marcha de la pequeña compañía sin quitar su mirada de acero del camino ya iluminado por el sol recién nacido.